



DON ISIDRO FABELA

POR INDALECIO PRIETO,
(escritor y político de la
España Republicana)

Don Isidro Fabela carece de empaque, de esa seriedad afectada que don Miguel de Unamuno llamó la seriedad del burro porque el burro no se ríe. Quiero decir que el señor Fabela desdén la tiesura de que suelen revestirse personajes que han ocupado altos cargos, para dárselas de talentudos en forma que parezca justificar el ejercicio de las funciones que han desempeñado y de aquellas otras que aspiren a desempeñar.

En cuanto un hombre se me presenta sin llaneza, comienzo a desconfiar de su talento, por mucho que la fama lo pregone. A los sabios se les puede disculpar algunas rarezas, como le eran disculpadas a Unamuno las de vestir estrafalariamente, confeccionar a toda hora diminutas pajaritas de papel —confección que describió en su *Tratado de Cocotología*— y hacer bolitas con migas de pan durante los banquetes. En lo de las bolitas no había más molestia que la de que alcanzaran en el rostro a algún comensal cuando don Miguel las disparaba desde la mesa, utilizando a guisa de catapulta la uña del dedo índice apoyada sobre el pulgar donde depositaba cada proyectil apenas lo elaboraba.

No obstante, resultan más simpáticos los sabios sin rarezas, de las que estaba desprovisto don Santiago Ramón y Cajal, a quien tomo por ejemplo entre los contemporáneos de Unamuno y al que no se le pueden imputar aquéllas, pues no es computable como tal cierta aspereza de expresión, que a veces se le venía a los labios, por ser propio de todo aragonés y en ello le daba punto y

raya su paisano don Joaquín Costa. El mal humor nada tiene de raro.

No me siento capacitado para calibrar los méritos del señor Fabela como jurista, gobernante, profesor y diplomático. Otras personas con mejores títulos que yo, sabrán medir esos méritos que fuera de México alcanzaron eco brillantísimo en lugares tan resonantes como el palacio de la Sociedad de Naciones, en Ginebra, y la sede del Tribunal Internacional de Justicia, en La Haya. Seguramente los analistas de dichos méritos los harán resaltar en estas páginas.

Mas a título de periodista —lo soy muy veterano— me permito decir que los trabajos periodísticos de Fabela se distinguen por su carácter exhaustivo. No hay tema por él elegido que no lo exprima completamente. Será difícil que ningún examinador de la misma cuestión pueda después decir nada nuevo acerca de ella. Además, ateniéndose a su formación de jurista, que quizá sea en él lo más entrañable, gusta de añadir a sus aserciones la probanza de las mismas, con lo cual sus trabajos de esa índole resultan rotundos.

Con la colección de artículos y la de discursos, más sus libros, proporciona Fabela una base documentadísima para la historia política de México en cuanto va transcurrido del siglo xx.

Otro aspecto de Fabela me siento autorizado a exponer: el de su popularidad. Asistí a la toma de posesión de un cargo cuando en 1942 fue elegido gobernador del Estado de México, su tierra natal. Para pulsar bien el entusiasmo del gentío agolpado en las calles, preferí recorrer éstas formando parte de la comitiva que acompañaba al gobernador electo y no tomar asiento cómodamente por anticipado en el teatro donde iba a celebrarse la ceremonia, y así advertí que era auténtico el frenesí con que sus coterráneos aclamaban a Fabela. ¡Es tan fácil distinguir el verdadero calor popular del frío característico en otras recepciones, por bien organizadas que estén, cuando las muchedumbres se movilizan bajo mandatos políticos o sindicales sin que les anime el propio impulso!

Al llegar al teatro, atestado por una multitud igualmente frenética, me costó gran trabajo encararme al escenario y alcanzar una silla vacía que descubrí. Quien ocupaba a la derecha la silla colindante con la mía, el embajador de Uruguay, me acogió cari-

ñosamente. Pero sucedió todo lo contrario con el de la izquierda. Este me dirigía miradas furibundas, abarcándome por completo, de pies a cabeza.

Creuyendo que mi corpulencia le enfadaba, iba yo replégandome sobre el estrecho asiento hasta apretujar al representante uruguayo. Pero las miradas del otro vecino, evidentemente recargadísimas de odio, un odio inexplicable por grande que fuese la incomodidad que yo estuviera causando, continuaban furibundas. No pudiendo reprimir la curiosidad, pregunté al embajador del Uruguay quién era el caballero sentado a mi izquierda. “¡Ha! —me dijo—, ¿pero no le conoce usted? Es el señor Umansky, embajador de Rusia. Voy a presentárselo”. Contuve al amable amigo con un gesto, diciéndole: “No, por favor; no nos presente, porque ni él lo desea ni yo tampoco”. Y así quedó evitada una escena desagradable. Nunca estuve más alejado espiritualmente de un hombre tan cercano a mí físicamente. Aquel fanático stalinista aprovechó indelicadamente una cena ofrecida por el embajador de Colombia, para ponerme verde ante Fernando de los Ríos y otros amigos. . .

Como me ocurre con frecuencia, he tomado desviadamente el camino de la anécdota. Yo hubiera debido limitarme a manifestar aquí mi gratitud como español a don Isidro Fabela. Todos los republicanos españoles se la debemos. Han pasado veintidós años desde que ante la Sociedad de las Naciones defendió vigorosamente a nuestra República y protestó con reciedumbre contra el infame Comité de No Intervención, creado para asfixiarla. Ninguna ceniza ha cubierto aquellas palabras que siguen fulgiendo como oro puro para honor de Isidro Fabela que las pronunció, de Lázaro Cárdenas que las inspiró y de México que las patrocinó. Aunque la historia, al paso del tiempo, enmohezca muchas cosas no puede borrar verdades indelebles. Las que entonces dijo Fabela en Ginebra, entonando elocuente Himno a la justicia son inborrables.